

A ROSALINA, IN MEMORIAM

El día de Navidad enterraron a mi tía en el cementerio de siempre— un siempre que nos parece anterior a todo tiempo, a pesar de que los más viejos aún oyeran hablar a sus más viejos de cuando se enterraba a los muertos en la iglesia, o en la ermita. Murió Rosalina. Un mes le faltaba, creo, para los 90. Soltera, de poco andar, de poco comer, de poco hacer, vivió una vida que con toda obviedad no cabía en el siglo XXI, y que con el propio XX tenía sus más y sus menos.

Con ella se cierra del todo la Farmacia. No la farmacia real, que vende medicinas y atiende a la gente, sino la vieja farmacia, la casa de la farmacia, la historia que empezó a escribir mi abuelo, el Ldo. E. Martínez, como aparecía su nombre en el rótulo que presidía su puerta, a través de la que se entraba a aquella encantadora farmacia forrada de hermosos anaqueles, con sus tarros de principios del siglo XX, con su techo decorado bellamente al fresco con esa pintura de una hermosa mujer que —para los que siempre hayan tenido la curiosidad y no lo sepan— es una alegoría de la Botánica.

Rosalina era la última de los hijos del Ldo. E. Martínez. Vio, como todo el mundo de su edad, pasar el siglo XX: nació cuando terminaba la Primera Guerra Mundial. Aún en el pueblo vemos la fecha enigmática de la puerta de la Plaza de Toros: 1915. Eran los años en que mi abuelo formaba su familia, unos años después de haberse casado y puesto la farmacia. Mi tío Abilio —el mayor de los hermanos— nació todavía en la Plaza del Mercado, pero ya los demás hermanos nacieron en la entonces nueva casa y flamante farmacia de la Fuente Vieja. Rosalina creció en aquel Maranchón de aquel último “boom” de los muleteros —la venta de millares de mulas en aquella guerra en que morían millones de hombres y animales— que todo el mundo parece añorar como el Maranchón dorado, con sus varios casinos, sus tiendas de todo, sus artesanos y comerciantes en todos los ramos... aquel proyecto de ciudad pequeña que ya los de mi generación no conocimos más que como un pálpito de cosa que se había ido ayer.

Desde la farmacia vio pasar el mundo, y vio pasar los tiempos. Si de niña ayudaba a hacer las papeletas en que se envolvían las medicinas hechas allí mismo por su padre, de adulta vio cómo desaparecían las papeletas, y toda clase de fabricación en las farmacias, que se fueron convirtiendo de lugares de manufactura artesanal a lugares de venta detallista.

Como tantos maranchoneros y maranchoneiras de su edad, Rosalina nunca se casó. Algún día se hará un estudio profundo del fenómeno de

la soltería en Maranchón, pero mientras se hace tendremos que conformarnos con el semisilencio en que solteros y solteras nos cuentan o nos dejan de contar. El caso es que Rosalina, que seguro que debió enamorarse de algún viajante, cuya profesión, además, les exige “camelar” al cliente y a las hijas del cliente, se quedó soltera. Es fácil imaginarse a mi abuelo poniéndole sensatez en la cabeza en los casos en que ella se enamoraba, o, por el contrario, intentando buscarle marido al que ella no quería... y fueron pasando los años, y vino la Guerra Civil, en que tanto Rosalina como mi madre estaban en “edad de merecer”.

En la posguerra, mi madre salió del pueblo, se hizo farmacéutica, y más tarde se casó; Rosalina se quedó en el pueblo, vio morir a su padre, y encontró su nicho vital en la farmacia. Durante un tiempo, fue la única hija que quedó viviendo en el pueblo, y así estaban las cosas cuando murió mi abuelo. Pero el fracaso matrimonial de mi madre volvió a cambiar las cosas. Un buen día, mi madre —conmigo recién nacido— vuelve al pueblo, igualmente necesitada de un nicho vital tras su experiencia matrimonial y americana. Las dos, con mi abuela y conmigo, habitamos la casa en que me crié, y asistimos a la decadencia del pueblo en un mundo ya sin mulas y en el que iba resultando más fácil comprarse unos zapatos en Madrid que hacérselos arreglar al zapatero del pueblo. Mi madre regentaba la farmacia, como farmacéutica que era, y mi tía seguía despachando, ya no papeletas, pero sí Okal, Calcio 20, Farmapén, Bristaciclina...

Y murió mi madre —tenía yo 8 años— y con ello se redujo a la mitad la vida humana de aquella casa, porque mi padre me “reclamó” —esa fue la palabra que se empleaba entonces— desde Caracas, y con él me fui. En aquellos años, mientras yo estudiaba en mi internado de Burgos, iba los veranos y las Navidades a Maranchón. Rosalina seguía en su farmacia —entonces regentada desde lejos por mi tío Emilio— con mi abuela, ya anciana. Fueron los años en que el trabajo de la farmacia fue hecho cada vez más por Antonia Cosín, y en que mi tía fue encerrándose más y más en ese mundo de inactividad que terminó por hacerla tan especial, tan tiernamente inútil, tan inconscientemente abusadora de los demás. En esos años —y más cuando murió mi abuela, en los primeros años 70— mi tía fue paulatinamente abandonando los quehaceres más elementales. Por supuesto, cuando había que cambiar una bombilla pedía ayuda, y como cualquiera del pueblo se la daba, fue asumiendo que de eso se trataba: de pedir para que le dieran. En su lógica, si cambiar una